

Roald Dahl

Relatos escalofriantes

ALFAGUARA



INTRODUCCIÓN

Roald Dahl (1916-1990) no necesita ninguna introducción, ni como escritor ni como persona. Sus dos obras autobiográficas, *Boy* y *Volando solo*, reflejan su vida plenamente y contienen además todo el encanto y la destreza del cuentacuentos que era.

Era evidente que para Dahl tan importante era ser lector como ser escritor. Su madre le introdujo a *El viento en los sauces* y a los cuentos de Beatrix Potter y A. A. Milne. En el colegio sus profesores le seguían animando a leer y así conoció las obras de muchos de los escritores clásicos, entre ellos Tolstoi y Balzac, antes de cumplir los trece años. Entre los autores que han tenido mucha influencia en su obra se encuentran grandes cuentacuentos como Somerset Maugham, Rudyard Kipling o Damon Runyon. Pronto se interesó en escribir cuentos que se pudieran leer de un tirón.

Roald Dahl quería escribir cuentos que facilitaran a los jóvenes el compartir con él el placer de la lectura. Dijo una vez que «el éxito de un cuento es sencillo, debe tener un principio, un medio y un final. El lector

debe no querer dejarlo ni un momento». Los libros infantiles de Roald Dahl cumplen con esa cualidad de «no querer dejarlo» y le convirtieron en el más popular de los escritores para niños y niñas. Recuerdo leer un artículo sobre él alguna vez que contenía la siguiente frase memorable: «la popularidad de Roald Dahl crece como un melocotón gigante». Esta afirmación sigue siendo válida. Naturalmente, a los jóvenes les encanta cuando Jorge describe a su abuela en *La maravillosa medicina de Jorge* diciendo que «tenía los dientes marrón claro y una boca pequeña y fruncida, como el trasero de un perro». Pero sobre todo les gustan los personajes de Dahl, la anarquía y la fuerza de los cuentos y el elemento de sorpresa que nunca tarda en presentarse.

Incluso los cuentos que Roald Dahl escribió para adultos contienen esa misma magia. Me acuerdo de cómo disfruté al leerlos o escucharlos por la radio, junto a mi sobrina que tiene quince años. Es posible que los cuentos para adultos sean más crueles, más sorprendentes, incluso más impredecibles, ejerciendo una oscura fascinación sobre el lector, pero definitivamente es igualmente imposible dejarlos antes del final.

Algunos de los cuentos incluidos en el presente volumen son técnicamente brillantes y han gustado a muchos lectores jóvenes. Representan algo así como un puente entre los cuentos para niños y aquellos para adultos. En ellos aparecen una mujer que mata a su marido con la pata de un cordero, una máquina que hace audible el llanto de las plantas, el viaje de un diamante, un hombre que lleva tatuada en la espalda una gran obra de arte y muchos otros personajes y objetos.

Roald Dahl escribió estos cuentos en Nueva York, en una etapa bastante temprana de su carrera. La mayoría de los cuentos infantiles que los lectores ya conocen datan de una etapa posterior, cuando escribía en su famoso «refugio», una cabaña apartada en el jardín de su casa. Esa cabaña era «su» lugar, lleno de recuerdos, entre ellos uno de sus propios huesos de la cadera, operado por artrosis. Escribía allí incluso en invierno, envuelto en mantas, con los pies metidos en un saco de dormir. Era evidente que su imaginación jamás se enfrió. Los presentes cuentos, «un poco más adultos», te harán sentir muchas cosas; léelos en «tu» lugar preferido y disfrútalos.

WENDY COOLING, 2000

TATUAJE

En el año 1946 el invierno fue muy largo. Aunque estábamos en el mes de abril, un viento helado soplabá por las calles de la ciudad. En el cielo, las nubes cargadas de nieve se movían amenazadoras.

Un hombre llamado Drioli se mezclaba entre la gente del paseo de la *rue* de Rivoli. Tenía mucho frío, embutido como un erizo en un abrigo negro, saliéndole solo los ojos por encima del cuello subido.

Se abrió la puerta de un restaurante y el característico olor de pollo asado le produjo una dolorosa punzada en el estómago. Continuó andando, mirando sin interés las cosas de los escaparates: perfumes, corbatas de seda, camisas, diamantes, porcelanas, muebles antiguos y libros ricamente encuadernados. Después vio una galería de pintura. Siempre le gustaron las galerías de pintura. Esta tenía un solo lienzo en el escaparate. Se detuvo a mirarlo y se volvió para seguir adelante, pero tornó a pararse y miró de nuevo. De repente se apoderó de él un pequeño desasosiego, un movimiento en su recuerdo, un conjunto de algo que había visto antes en

alguna parte. Miró otra vez; era un paisaje, un grupo de árboles tremendamente inclinados hacia una parte, como azotados por el viento, el cielo gris oscuro, de tormenta. En el marco había una pequeña placa que decía: «Chaïm Soutine (1894-1943)».

Drioli miró el cuadro, pensando vagamente por qué le parecía familiar. Pintura estrambótica, pensó. Extraña y atrevida, pero me gusta... Chaïm Soutine... Soutine...

—¡Dios mío! —gritó de repente—. ¡Mi pequeño calmuco, eso es! ¡Mi pequeño calmuco, uno de sus cuadros en la mejor tienda de París! ¡Imagínate!

El viejo acercó más su rostro a la ventana. Recordaba al muchacho, sí, lo recordaba muy bien, pero ¿cuándo? Eso ya no era tan fácil de recordar. Hacía mucho tiempo. ¿Cuánto? Veinte, no, más: casi treinta años, eso es, fue un año antes de la guerra, la primera guerra, en 1913, y Soutine, el pequeño y feo calmuco, un muchacho adulto que le gustaba mucho y al que casi amaba por ninguna razón que él supiera, excepto la de que pintaba.

Ahora recordaba mejor: la calle, los cubos de basura alineados, su mal olor, y los gatos recorriendo los cubos de uno en uno. Luego, aquellas mujeres gordas sentadas en los portales de la calle. ¿Qué calle? ¿Dónde vivía el chico?

La Cité Falaguère. ¡Eso era! El hombre movió la cabeza varias veces, contento de recordar el nombre. Tenía un estudio con una sola silla, y el sucio jergón que el muchacho usaba para dormir, las fiestas que acababan en borracheras, el vino blanco barato, las terribles peleas, y siempre, siempre, el rostro amargo y adusto de aquel muchacho absorto en su trabajo.

Era extraño, pensaba Drioli, con qué facilidad recordaba estas cosas ahora y cómo los recuerdos se enlazaban tan estrechamente.

Por ejemplo, aquello del tatuaje, fue realmente una tontería, una locura. ¿Cómo empezó? ¡Ah, sí! Un día había hecho un buen negocio y había comprado mucho vino. Se veía a sí mismo entrar en el estudio con un paquete de botellas bajo el brazo. El chico estaba sentado delante del caballete y la esposa de Drioli, en el centro de la habitación, posaba para él.

—Hoy vamos a celebrar algo —dijo.

—¿Qué hay que celebrar? —preguntó el muchacho sin mirarle—. ¿Has decidido divorciarte de tu esposa para que se case conmigo?

—No —respondió Drioli—, vamos a celebrar que he ganado una gran cantidad de dinero trabajando.

—Y yo no he ganado nada, celebraremos también eso.

—Si tú quieres, de acuerdo.

Drioli estaba junto a la mesa abriendo el paquete. Estaba cansado y tenía ganas de beber vino. Nueve clientes, era estupendo, pero sus ojos no podían mantenerse abiertos. Nunca había tenido tantos, nueve soldados ebrios, y lo mejor era que siete habían pagado al contado. Esto le convertía en una persona rica, pero el trabajo era terrible para los ojos. La fatiga le obligaba a tenerlos casi cerrados. Los tenía terriblemente enrojecidos. Sentía mucho dolor bajo el globo de los ojos. Pero ahora ya estaba libre y era rico como un cerdo y en el paquete había tres botellas, una para su esposa, otra para su amigo y otra para él. Buscó un sacacorchos y fue descorchando las botellas.

El muchacho bajó su pincel.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo voy a trabajar así?

La chica cruzó la habitación para ver el cuadro. Drioli también fue hacia allí, llevando una botella en una mano y un vaso en la otra.

—¡No! —gritó el chico, poniéndose colorado—. ¡Por favor, no!

Quitó el lienzo del caballete y lo puso contra la pared, pero Drioli ya lo había visto.

—Me gusta.

—Es horrible.

—Es maravilloso, como todos los que tú pintas, es fantástico. Me gustan todos.

—Lo único que pasa es que no son nutritivos. No me los puedo comer.

—De cualquier forma, son maravillosos.

Drioli le tendió un vaso de vino blanco.

—Bebe —dijo—, te sentirás mejor.

Nunca había encontrado una persona más desgraciada, con la cara tan triste. Se había fijado en él en un café, unos siete meses antes, bebiendo solo, y como parecía ruso o por lo menos algo asiático, se había sentado en su mesa y entablado conversación.

—¿Es usted ruso?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Minsk.

Drioli dio un brinco y le abrazó, diciéndole que él también había nacido en aquella ciudad.

—No fue en Minsk exactamente —había declarado el muchacho—, pero muy cerca.

—¿Dónde?

—Smilovichi, a diecinueve kilómetros.

—¡Smilovichi! —había exclamado Drioli, abrazándole otra vez—, allí fui varias veces cuando era niño.

Luego se sentó otra vez, mirando con cariño el rostro de su compañero.

—¿Sabe una cosa? —le había dicho—, no parece un ruso del oeste, parece un tártaro o un calmuco.

Ahora Drioli miraba otra vez al muchacho. Sí, tenía la cara de un calmuco: muy ancha, de pómulos salientes y con la nariz aplastada y gruesa. La anchura de las mejillas se acentuaba en las orejas, que sobresalían de la cabeza. Tenía ojos pequeños, el pelo negro y la boca gruesa y adusta de un calmuco; pero lo más sorprendente eran las manos, tan pequeñas y blancas como las de una mujer, de dedos pequeños y delgados.

—Sírvanse más —dijo el chico—, si lo celebramos vamos a hacerlo bien.

Drioli sirvió el vino y se sentó en una silla. El muchacho se sentó en su viejo lecho con la esposa de Drioli. Colocaron las tres botellas en el suelo.

—Esta noche beberemos hasta que no podamos más —dijo Drioli—. Soy inmensamente rico. Creo que voy a salir a comprar más botellas. ¿Cuántas compro?

—Seis más —contestó el chico—: dos para cada uno.

—Bien. Voy a buscarlas.

—Yo te acompañaré.

En el café más próximo compró Drioli seis botellas de vino blanco y las llevaron al estudio. Las colocaron en el suelo en dos filas. Drioli agarró el sacacorchos y descorchó las seis botellas; luego se sentaron y continuaron bebiendo.

—Solo los muy ricos pueden celebrar las cosas de este modo —dijo Drioli.

—Tienes razón —respondió el chico—. ¿Verdad que sí, Josie?

—Claro.

—¿Cómo te sientes, Josie?

—Muy bien.

—¿Dejarás a Drioli y te casarás conmigo?

—No.

—Un vino excelente —añadió Drioli—, es un privilegio beberlo.

Lenta y metódicamente empezaron a emborracharse. El proceso era rutinario, pero de todas formas había que observar una cierta ceremonia y mantener la gravedad. Había muchas cosas por decir y luego repetir de nuevo, el vino debía ser alabado y la lentitud era muy importante también, para que hubiera tiempo de saborear los tres deliciosos periodos de transición, especialmente (para Drioli) el momento en que empezaba a flotar en el ambiente, como si los pies no le pertenecieran. Este era el mejor momento de todos, cuando miraba sus pies y estaban tan lejos que dudaba sobre a quién podrían pertenecer y por qué estaban de aquella forma en el suelo.

Después de algún tiempo se levantó a encender la luz. Se sorprendió mucho al ver que los pies le seguían a donde iba, especialmente porque no los sentía tocar el suelo. Tenía la agradable sensación de que caminaba por el aire. Luego empezó a dar vueltas por la habitación, mirando de soslayo los lienzos que había en las paredes.

—Oye —dijo por fin—, tengo una idea.

Fue hacia el jergón y se detuvo.

—Óyeme, pequeño calmuco.

—¿Qué?

—Tengo una idea estupenda. ¿Me escuchas?

—Estoy escuchando a Josie.

—Óyeme, por favor, tú eres mi amigo, mi pequeño y feo calmuco de Minsk, y para mí eres tan buen artista que me gustaría tener un cuadro, un cuadro precioso...

—Llévate todos los que te gusten, pero no me interrumpas cuando estoy hablando con tu esposa.

—No, no. Oye: yo quiero decir un cuadro que lo tenga siempre conmigo...: un cuadro tuyo.

Dio un paso adelante y golpeó al muchacho en la rodilla.

—Óyeme, por favor.

—Escucha lo que te dice —dijo la chica.

—Se trata de lo siguiente: quiero que pintes un cuadro sobre mi piel, en mi espalda, que tatúes lo que has pintado, para que permanezca siempre.

—Eso es una idea disparatada.

—Te enseñaré a tatuar, es fácil. Un niño puede hacerlo.

—Yo no soy ningún niño.

—Por favor...

—Estás completamente loco. ¿Qué es lo que quieres? El pintor miró sus ojos, brillantes por el vino.

—En nombre del cielo. ¿Qué es lo que quieres?

—Tú lo puedes hacer muy fácilmente. ¡Puedes! ¡Puedes!

—¿Quieres decir con tatuaje?

—¡Sí, con tatuaje! Te enseño en dos minutos.

—¡Imposible!

—¿Insinúas que no sé de lo que estoy hablando?

No, el chico no podía decir eso porque si alguien sabía de tatuajes, ese alguien era, desde luego, Drioli.

¿No había cubierto por completo el mes pasado el estómago de un hombre con un magnífico dibujo compuesto de flores? ¿Y aquel cliente de tanto pelo en el pecho al que le había tatuado un oso de forma que el pelo pareciera la piel de la bestia? ¿No había tatuado una chica en el brazo de un hombre de tal forma que cuando flexionaba el músculo la chica se movía con sorprendentes contorsiones?

—Lo único que digo —contestó el chico—, es que has bebido y esta es una idea de borracho.

—Josie podría ser nuestra modelo. Un cuadro de Josie en mi espalda. ¿No se me permite tener un cuadro de Josie en la espalda?

—¿De Josie?

—Sí.

Drioli sabía que la sola mención de su esposa haría que los gruesos labios del chico se entreabriesen y empezasen a temblar.

—No —dijo la chica.

—¡Josie, querida, por favor! Escoge una botella y termínala, luego te sentirás más generosa. Nunca en mi vida he tenido una idea mejor.

—¿Qué idea?

—Que me haga un retrato tuyo en la espalda. ¿No me está permitido?

—¿Un retrato mío?

—Desnuda —dijo el chico—, es una excelente idea.

—Desnuda no —protestó ella.

—Es una idea fantástica —dijo Drioli.

—Una locura —arguyó la chica.

—De cualquier forma, es una idea —replicó el chico—, es una idea digna de celebración.

Se bebieron otra botella. Luego el chico siguió:

—No, no quiero utilizar el tatuaje. Sin embargo, pintaré el retrato en tu espalda y lo tendrás hasta que tomes un baño y te laves. Si no tomas el baño en tu vida, lo tendrás siempre, mientras vivas.

—No —replicó Drioli.

—Sí, y el día que decidas bañarte, sabré que ya no valoras mi pintura. Será una prueba de tu admiración por mi arte.

—No me gusta la idea —protestó la chica—, su admiración por tu arte es tan grande que estaría sucio muchos años. Hazlo con tatuaje, pero no desnuda.

—Pues entonces un retrato —propuso Drioli.

—No lo podré hacer.

—Es facilísimo. Te voy a enseñar en dos minutos, ya verás.

Voy a buscar los instrumentos, las agujas y las tintas. Tengo tintas de muchos colores, tantos como tú puedas tener en pintura y mucho más vivos...

—Es imposible.

—Tengo muchas tintas, ¿verdad que sí, Josie?

—Sí.

—Ya verás, voy a buscarlas.

Se levantó de su silla y salió de la habitación.

Al cabo de media hora volvió.

—Lo he traído todo —gritó, enseñándole un maletín marrón—, todo lo que necesitas para tatuar está en esta maleta.

La puso sobre la mesa; la abrió y sacó las agujas eléctricas y las botellitas de tinta de color. Llenó la aguja eléctrica, la tomó en su mano y presionó un botón. Hizo un sonido y la aguja empezó a vibrar rápidamente,

moviéndose alternativamente de arriba abajo. Se quitó la chaqueta y se subió la manga izquierda.

—Mira, obsérvame y verás lo fácil que es. Haré un dibujo en mi brazo, aquí.

Su antebrazo ya estaba cubierto de marcas azules, pero eligió un claro en la piel para hacer su demostración.

—Primero elijo la tinta; usaré una de azul corriente; e introduzco la punta de la aguja en la tinta... así... luego la introduzco suavemente en la superficie de la piel... de este modo... y con la ayuda del pequeño motor y de la electricidad la aguja salta arriba y abajo pinchando la piel de tal manera que la tinta entra y este es todo el truco. Fíjate qué fácil es... mira cómo dibujo un galgo en mi brazo.

El chico parecía intrigado.

—Déjame practicar en tu brazo.

Empezó a dibujar con una aguja líneas azules en el brazo de Drioli.

—Es muy simple —dijo—, es como dibujar con pluma y tinta. La única diferencia es que es más lento.

—No es nada difícil. ¿Estás preparado? ¿Empezamos?

—Enseguida.

—¡La modelo! —gritó Drioli—. ¡Josie, ven!

Ahora estaba entusiasmado, recorriendo la habitación y arreglándolo todo, preparándose como un niño para un nuevo juego.

—¿Dónde quieres que pose?

—Que se ponga allí, delante de mi tocador. Que se cepille el pelo. La pintaré con el pelo suelto sobre los hombros, cepilládoselo.

—¡Fantástico! Eres un genio.

De mala gana, la chica fue hacia el tocador, llevándose con ella el vaso de vino.

Drioli se quitó la camisa y los pantalones. Se quedó en calzoncillos y zapatos, balanceándose ligeramente. Su pequeño cuerpo era blanco, casi lampiño.

—Bueno —dijo—. Yo soy el lienzo. ¿Dónde me pones?

—Como siempre, en el caballete. No creo que sea tan difícil.

—No seas tonto. Yo soy el lienzo.

—Entonces ponte en el caballete, ese es tu sitio.

—¿Cómo?

—¿Eres o no eres el lienzo?

—Sí. Ya empiezo a sentirme como un lienzo.

—Entonces ponte en el caballete. No creo que sea tan complicado.

—Pero eso no es posible.

—Entonces siéntate en la silla. Hazlo al revés, para que puedas apoyar tu mareada cabeza en el respaldo. Date prisa porque voy a empezar.

—Estoy preparado, cuando quieras.

—Primero —dijo el muchacho—, haré un dibujo normal y si me gusta lo tatuaré.

Con un pincel gordo empezó a pintar en la desnuda piel del hombre.

—¡Ay, ay! —gritó Drioli—. Un horrible ciempiés camina por mi espina dorsal.

—¡Estate quieto ahora! ¡Quietos!

El muchacho trabajaba con rapidez trazando unas finas líneas azules para no dificultar el tatuaje. De tal forma se concentró al pintar que parecía como si su borrachera hubiera desaparecido por completo. Daba

ligeros toques a su dibujo con mano certera y en menos de media hora había terminado.

—Bueno —dijo a la chica—. Ya está.

Ella volvió inmediatamente al jergón, se recostó y quedó completamente dormida.

Drioli no se durmió. Observó cómo manipulaba el muchacho la aguja y la introducía en la tinta, luego sintió un pinchazo en la piel de la espalda. El dolor, que era desagradable, pero no extremo, le impidió dormir. Siguiendo el recorrido de la aguja y viendo los diferentes colores de tinta que el muchacho iba usando, Drioli se divertía tratando de adivinar lo que pasaba detrás de él. El chico trabajaba con asombrosa intensidad. Estaba completamente absorto en la pequeña máquina y en los efectos que producía.

La máquina zumbaba en la madrugada y el muchacho trabajaba afanosamente. Drioli recordaba que cuando al fin el artista anunció: ¡Ya está!, la luz se filtraba por la ventana y se oía gente por la calle.

—Quiero verlo —dijo Drioli.

El muchacho le tendió un espejo y Drioli ladeó un poco el cuello para mirar.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Era algo asombroso. Toda su espalda, desde los hombros hasta el final de la espina dorsal, era una mezcla de colores —dorado, verde, azul, negro y escarlata—. El tatuaje estaba tan concienzudamente hecho que parecía un cuadro. El chico había seguido lo más estrechamente su dibujo haciéndolo a conciencia, y era maravilloso el modo en que había usado la espina dorsal y la parte saliente de los hombros para que formaran parte de la composición. Es más, se las había arreglado

para añadir al dibujo una extraña espontaneidad. El tatuaje tenía vida; mantenía aquel sentimiento de tortura tan característico de todas las obras de Soutine. No era un retrato, era más bien un aspecto de la vida. El rostro de la modelo se veía vago y perdido, y como fondo unas curiosas pinceladas de verde que le daban un aspecto exótico.

—¡Es fantástico!

—A mí también me gusta.

El muchacho retrocedió unos pasos examinándolo atentamente.

—¿Sabes una cosa? Me parece que es tan bueno que lo voy a firmar.

Y tomando de nuevo una aguja inscribió su nombre con tinta roja en la parte derecha, encima del riñón de Drioli.

El viejo Drioli miraba el cuadro en el escaparate de la exposición. Aquello había sucedido hacía tanto tiempo que le parecía que pertenecía a otra vida.

¿Y el chico? ¿Qué había sido de él? Ahora recordaba que cuando volvió de la guerra —la Primera Guerra Mundial—, lo echó mucho de menos y había preguntado a Josie por él.

—Se ha ido —contestó ella—. No sé dónde, pero oí decir que un marchante lo había mandado a Céret para que pintara más cuadros.

—Quizá vuelva.

—Puede ser. ¡Quién sabe!

Esa fue la última vez que lo mencionaron. Poco tiempo después se fueron a Le Havre, donde había marineros y por lo tanto el negocio iba mejor. El viejo sonrió al recordar Le Havre. Aquellos fueron unos años muy

agradables, entre las dos guerras; su tienda estaba cerca de los muelles y siempre tenía mucho trabajo. Todos los días tres, cuatro y cinco marineros venían a que les tatuara los brazos. Aquellos fueron unos años agradables, en verdad.

Luego vino la Segunda Guerra, a Josie la mataron y con la llegada de los alemanes terminó su trabajo. Ya nadie quería tatuajes en los brazos y entonces ya era demasiado viejo para emprender otra clase de trabajo. En su desesperación había vuelto a París con la vana esperanza de que las cosas le irían mejor en una ciudad grande, pero no fue así.

Ahora que la guerra había terminado, no tenía ni los medios ni la energía para empezar de nuevo con su pequeño negocio. No era fácil para un viejo saber lo que tenía que hacer, especialmente si no le gustaba mendigar. Sin embargo, ¿cómo podría subsistir de otro modo?

Bien, pensó, mirando el cuadro otra vez, aquí está mi pequeño calmuco. ¡Qué fácilmente un pequeño objeto puede recordar tantas cosas dormidas en el interior! Hasta hacía breves instantes había olvidado que tenía un tatuaje en su espalda. Hacía mucho tiempo que no se había acordado de él. Acercó más la cara al escaparate y miró la exposición. Había muchos cuadros en las paredes y todos ellos parecían ser obra del mismo artista. Había mucha gente paseando por allí. Se veía claramente que era una exposición extraordinaria.

En un repentino impulso Drioli se decidió, empujó la puerta de la galería y entró.

Era un local alargado, con el suelo cubierto por una alfombra de color rojo oscuro y, ¡Dios mío!, ¡qué bien y qué caliente se estaba allí! Había bastante gen-

te mirando los cuadros, gente digna y respetable, casi todos ellos llevando en su mano el catálogo. Drioli se quedó al lado de la puerta, mirando con nerviosismo a su alrededor, dudando en seguir adelante y mezclarse con aquella gente. Pero antes de que se decidiera, oyó una voz a su lado que decía:

—¿Qué desea usted?

El que le hablaba llevaba un abrigo negro azabache. Era grueso y pequeño y tenía la cara muy blanca. Sus mejillas tenían tanta carne que le caía por ambos lados de la boca como un mastín. Se acercó más a Drioli y le dijo:

—¿Qué desea usted?

Drioli no se movió.

—Por favor —insistió el hombre—, salga de esta exposición.

—¿No puedo mirar los cuadros?

—Le he pedido que se marche.

Drioli no se movió. De repente se sintió terriblemente ultrajado.

—No quiero escándalos —dijo el hombre—, venga por aquí.

Puso su gruesa mano en el hombro de Drioli y empezó a empujarle hacia la puerta.

Aquello le decidió.

—¡Quíteme las manos de encima! —gritó.

Su voz se oyó claramente en la sala y todos los rostros se volvieron para ver a la persona que había armado tal escándalo. Uno de los empleados se recobró prestamente para ayudar en caso necesario y entre los dos hombres llevaron a Drioli hasta la puerta. La gente no se movía observando los acontecimientos. Sus ca-

ras parecían decir: «No hay ningún peligro, ya se han hecho cargo de él».

—¡Yo también! —gritaba Drioli—. ¡Yo también tengo un cuadro suyo! ¡Era mi amigo y yo tengo un cuadro de él que me regaló!

—¡Está loco!

—Un lunático, un lunático rabioso.

—Alguien debería llamar a la policía.

Con un rápido movimiento del cuerpo, Drioli se desasíó de los dos hombres y corrió hacia el centro del local, gritando:

—¡Se lo enseñaré! ¡Se lo enseñaré!

Se quitó el abrigo, la chaqueta y la camisa y se volvió con la espalda desnuda hacia la gente.

—¡Aquí! —gritó desesperadamente—. ¿Lo ven? ¡Aquí está!

De repente se callaron, presas de un vergonzoso asombro. Miraban el retrato tatuado. Allí estaba con sus brillantes colores; aunque la espalda del viejo era más estrecha ahora, los salientes de los hombros más pronunciados y el efecto, aunque no era espectacular, le daba a la pintura una curiosa textura arrugada y blanda.

Alguien dijo:

—¡Dios mío, es verdad!

Entonces vino la excitación y el sonido de voces, mientras la gente cercaba al pobre viejo.

—¡Es inconfundible!

—Su primer estilo, ¿verdad?

—¡Es fantástico!

—¡Mire, está firmado!

—Eche los hombros hacia adelante, por favor, para que la pintura se ponga tirante.

—Es viejo. ¿Cuándo lo pintó?

—En 1913 —dijo Drioli, sin volverse—, en otoño de 1913.

—¿Quién enseñó a Soutine a tatuar?

Yo mismo.

—¿Y la mujer?

—Era mi esposa.

El propietario de la sala se abrió paso entre la gente hacia Drioli. Ahora estaba tranquilo, muy serio, con una sonrisa en los labios.

—Señor —dijo—, yo se lo compro.

Drioli observaba cómo se movían las carnes de sus mejillas al mover la mandíbula.

—Digo que se lo compro, señor.

—¿Cómo lo va a comprar? —preguntó Drioli, suavemente.

—Le doy doscientos mil francos por él.

Los ojos del comerciante eran pequeños y oscuros y su mirada astuta.

—¡No lo consienta! —murmuró alguien de los espectadores—. ¡Vale veinte veces más que eso!

Drioli abrió la boca para hablar, pero no le salió ni un sonido, así que la cerró de nuevo. Luego habló lentamente:

—¿Pero cómo voy a venderlo?

Su voz tenía toda la tristeza del mundo.

—¡Sí! —decían algunas voces—. ¿Cómo lo va a vender?, es parte de su cuerpo.

—Oiga —dijo el comerciante acercándosele más—. Le ayudaré, le haré rico. Juntos podremos llegar a un acuerdo sobre este cuadro. ¿Verdad?

Drioli le observó con aprensión en sus ojos.

—Pero ¿cómo lo va a comprar, señor? ¿Qué hará cuando lo haya comprado? ¿Dónde lo guardará hoy?, ¿y mañana?

—Ah, ¿dónde lo guardará? Sí, ¿dónde lo guardará?, ¿dónde? Veamos...

El comerciante se llevó ambas manos a la frente.

—Parece ser que si me quedo con el cuadro, me quedo también con usted. Esto es una desventaja. En realidad el cuadro no tiene valor hasta que usted no muera. ¿Cuántos años tiene, amigo mío?

—Sesenta y uno.

—Pero no está muy fuerte, ¿verdad?

El comerciante bajó la mano de la frente y miró a Drioli de arriba abajo, como un granjero a un caballo viejo.

—Esto no me gusta nada —dijo Drioli, haciendo ademán de marcharse—; francamente, señor, no me gusta esto.

Echó a andar, pero solo para caer en brazos de un caballero de elevada estatura que le tomó suavemente de los hombros. Drioli miró en derredor disculpándose. El desconocido le sonrió al tiempo que le daba unos golpecitos en el hombro desnudo con la mano embutida en un guante amarillo canario.

—Escuche, buen hombre —dijo el desconocido, todavía sonriente—. ¿Le gusta nadar y tomar baños de sol?

Drioli le miró un poco asustado.

—¿Le gusta la comida escogida y el vino tinto de las grandes bodegas de Burdeos?

El hombre todavía sonreía, enseñando una hilera de dientes blancos y pulidos. Hablaba suavemente, puesta todavía su mano enguantada en el hombro de Drioli.

—¿Le gustan esas cosas?

—Pues... sí —contestó Drioli, bastante perplejo.

—¿Y la compañía de mujeres bonitas?

—¿Por qué no?

—¿Y un armario lleno de trajes y camisas hechas a medida? Parece que no anda usted demasiado bien de trajes.

Drioli miraba al hombre, esperando el resto de su proposición.

—¿Le han hecho alguna vez zapatos a medida?

—No.

—¿Le gustaría?

—Pues...

—¿Y que alguien le afeitase por las mañanas y le arreglase el pelo?

Drioli empezó a bostezar.

—¿Y una atractiva manicura?

Alguien trataba de contener la risa.

—¿Y la campanilla junto a la cama para llamar a la doncella y que le traiga el desayuno? ¿Le gustaría todo eso, amigo mío? ¿No le apetece?

Drioli le miró atentamente.

—Soy el propietario del Hotel Bristol de Cannes. Le invito a que venga y sea mi invitado el resto de sus días con todo el lujo y confort.

Hizo una pausa para que Drioli tuviera tiempo de saborear ese programa.

—Su único trabajo, que se puede llamar placer, consistirá en que pase su tiempo en la playa entre mis invitados, tomando el sol, nadando, bebiendo cócteles. ¿Qué le parece? ¿Le gusta la idea, señor? ¿No lo comprende? Así todos mis invitados podrán admirar este

fascinante retrato de Soutine. Se convertirá usted en un hombre famoso y la gente dirá: «Mira, ese es el que lleva un cuadro de diez millones de francos en la espalda». ¿Le gusta esta idea, señor? ¿Le gusta?

Drioli miró al hombre, dudando todavía, por si acaso era una broma.

—Es cómico, pero, realmente, ¿habla en serio?

—Claro que sí.

—Oiga —interrumpió el marchante—, aquí está la respuesta a nuestro problema. Yo compro su cuadro tatuado y hago que un buen cirujano le quite la piel de la espalda y entonces usted podrá disfrutar de la gran suma de dinero que yo le daré.

—¿Sin la piel en la espalda?

—¡Oh, no! No me ha comprendido. Este cirujano le pondrá otra piel en lugar de la del cuadro, eso es fácil.

—¿Se puede hacer?

—Sí. No pasa nada.

—¡Imposible! —dijo el caballero de los guantes amarillo canario—, es demasiado viejo para esa operación, le mataría.

—¿Me mataría?

—Naturalmente, usted no sobreviviría y solo la pintura se salvaría.

—¡En el nombre de Dios! —gritó Drioli, mirando espantado a la gente que le observaba.

En el silencio que siguió, otra voz de hombre se dejó oír entre el grupo:

—Quizá si alguien le ofreciera a este hombre mucho dinero consentiría en que le mataran. ¿Quién sabe?

Algunos soltaron una risita. El marchante golpeó la alfombra con los pies, incómodo.

La mano con el guante amarillo canario empezó a golpear de nuevo a Drioli en el hombro.

—Bueno —le dijo el caballero con una amplia sonrisa—. Usted y yo iremos a comer juntos y hablaremos mientras comemos. ¿Qué tal? ¿Tiene usted apetito?

Drioli le observó temblando. No le gustaban los modos de aquel hombre que se inclinaba hacia él al hablarle, como una serpiente.

—Pato asado y Chambertin —fue enumerando el hombre—. Y quizá un suflé de castañas, ligero y espumoso.

Puso un acento extraño en sus palabras, como aplastándolas con la lengua.

—¿Cómo le gusta el pato? —continuó el caballero—. ¿Le gusta muy asado y crujiente por fuera, o bien...?

—Iré —dijo repentinamente Drioli.

Ya había recogido su camisa y se la estaba poniendo por la cabeza.

—Espéreme, señor, voy con usted.

En un momento había desaparecido de la exposición con su nuevo patrón.

Al cabo de pocas semanas, un cuadro de Soutine, un busto de mujer, pintado de una extraña forma, bien enmarcado y barnizado, se puso a la venta en Buenos Aires. Esto, unido al hecho de que en Cannes no existe ningún hotel llamado Bristol, hace pensar un poco y nos hace desear ardientemente que en cualquier lugar en que se encuentre ese pobre viejo, tenga en estos momentos una bonita manicura que le arregle las uñas y una doncella que le traiga el desayuno a la cama, todas las mañanas.